

¿CÓMO HAREMOS UNA NOCHE DE PAZ QUE NOS CONDUZCA AL ALBA?

Llegamos al final de este año en que estuvimos caminando con las Mujeres del Alba. Y cómo no hacer presente en este tiempo de Adviento a aquella mujer que sostuvo la esperanza entre sus brazos desde Nazareth, cuando recibió el anuncio del Ángel hasta el sepulcro vacío. Sí, hoy caminaremos con María de Nazareth, la mujer de la esperanza.

Todo cambio, todo proyecto, todo viaje, tiene un punto de partida que lo condiciona y un objetivo o punto de llegada que lo determina ¿Qué es la encarnación, el nacimiento de Dios hecho hombre, hecho niño entre nosotros? Es el cumplimiento de un plan de Dios del que poco se puede decir.

“Un día, el Señor le dijo a Abraham: Deja tu tierra, tus parientes y la casa de tu padre, para ir a la tierra que yo te voy a mostrar. Con tus descendientes voy a formar una gran nación, voy a bendecirte y hacerte famoso” Gn. 12,1-2. No está claro el porqué de ese gesto divino. ¿No habría otro modo, otra manera de hacer realidad la salvación del género humano por parte de Yahvé-Dios?... Quizá sí, pero Yahvé-Dios eligió éste. “Serás una bendición para otros. Por medio de ti bendeciré a todas las familias del mundo. Partió Abraham tal como el Señor se lo había ordenado” Gn. 12, 3-4. Desde ese momento el hombre sabe que no debe buscar a Dios más allá de las nubes, Dios camina con él, debe escudriñar la historia, mirar y ahondar la realidad que lo rodea. Los acontecimientos de su alrededor hablan. Más adelante Dios irá renovando y afirmando su elección

Hay que prestar atención a la vida y su devenir. Esta alianza expresa el amor de Dios por el ser humano que si bien no aclara la situación, sí, da lugar a una expectativa y una esperanza por parte del hombre que será mantenida viva por el envío sucesivo de profetas, anunciadores que cada poco recuerdan y van puntualizando al pueblo este camino que Dios va presentando. Abraham comienza a dejar señales, parece que Dios y Abraham juntan piedras para erigir altares que serán recuerdo de encuentros, de momentos, de situaciones, hitos del camino de un Dios que se puso a caminar junto a la humanidad, haciendo del camino un rastro de salvación (Cfr. Gn. 12, 7). Estos altares recordarán y presentarán un escenario inimaginable de amor, misericordia y fidelidad de Dios con el hombre y la mujer, a través de las vicisitudes del caminar de ese pueblo: Israel.

Los anuncios de los profetas darán gran fuerza y esperanza que afirmarán el camino de ese pueblo que a lo largo de los siglos crecerá en identidad propia: es el pueblo elegido entre todas las naciones. El lugar donde Dios se irá mostrando con los acontecimientos de una historia que pasa a ser historia de salvación. La historia de salvación de la humanidad y por tanto historia de cada ser humano que camina tras las promesas. Esto hace partícipe no solo a ese pueblo sino a cada ser humano que a lo largo de la historia se ponga en marcha detrás de las promesas de Yahvé.

Desde el principio se presentan dificultades para Dios y los diversos actores a quienes Dios llama a participar activamente en su promesa de Salvación: Llama a Abrahán como padre y origen del pueblo, pero su esposa, Sara es estéril, no puede tener descendencia, ¿no lo sabía Yahvé? Esta situación, hace necesaria una especial intervención divina. (Gn 17,15-19). Dios está cerca, interviene. Esta historia y estos acontecimientos confirman la fe de Israel y se tornan sagrados para el pueblo que los

hace oración y canto: constituyendo el libro de los salmos. El pueblo reza con su historia.

El Salmo 78,1-72 dice: “Pueblo mío escucha mi enseñanza... atiende a las palabras de mi boca... abriré mi boca para contar una historia, para evocar los sucesos del pasado... Las cosas que hemos oído y que sabemos.... las que nos contaron nuestros antepasados: las glorias del Señor... las maravillas que hizo no las ocultaremos a nuestros descendientes, sino que las contaremos a las generaciones venideras... Pondrán así en Dios su confianza, no olvidarán sus proezas y observarán sus mandamientos, esto dice Yahvé a un pueblo que peregrina por el desierto, sin otro apoyo que la palabra de Dios, pero el salmo aclara que Yahvé Dios, ya cumplió parte de su promesa.

Es un turbio comienzo en el que parece que Dios no puede y no podrá vivir sin su criatura, pero a su vez, su obra maestra, los descendientes de Adán y Eva, no podrán subsistir lejos de la mirada amorosa de su Creador. Esa historia se irá desarrollando hasta llegar a cumplir la larga promesa, la Palabra empeñada por Dios a su pueblo. Los profetas afinan estos anuncios y aclaran el mensaje y las señales de Dios. Se van haciendo más nítidas, aparecen detalles que ayudan a clarificar y resignificar algunos hechos.

Con Isaías capítulo 7 al 9 parece que Dios se decide a hablar más claro. Interesante leerlos y ponernos en el lugar y en el corazón de estos hombres y mujeres que, a la sombra de su tienda, en medio del desierto recibían estos mensajes de Dios, preparaban el corazón pues iba siendo casi urgente el cumplimiento de la promesa. El Mesías estaba a la puerta.

De repente, lo imposible se hace posible y llega el momento del cumplimiento de la promesa. María, la joven de Nazaret, como Abrahán, escuchó la invitación de dejarlo todo e iniciar su peregrinación. Se esforzó en estar pendiente del dedo de Dios para descubrir el lugar hacia donde el Señor le señalaba... Es invitada a dar un “sí” al actuar de Dios en su vida. Y ese “sí” la llevaría a poner su propia vida al servicio de Alguien. Y María acepta el aterrizaje de Dios en su vida. No entiende claramente en qué embrollo se está metiendo, pero dice “sí” desde su experiencia de pobreza, de tierra árida que acepta la semilla con la certeza de que Dios la hará fértil, Él cumplirá su promesa. Y María queda embarazada de Dios. De repente, sin darse cuenta, pasa a ser un eslabón fundamental en la historia de la salvación. Y no se queda inmóvil... comienza a caminar, a caminar en la fidelidad a su embarazo que la lleva a comprometerse en difíciles situaciones: ponerse al servicio de quien la necesite, en este caso su prima Isabel. Más tarde, un decreto del emperador la obliga a continuar caminando... “Y allá en Belén, nace su hijo en una guarida contra el desamparo, lugar de acogida, un techo de hombre para un Dios nacido en ruta” dirá Mamerto Menapace (Cfr. Fieles a la vida). Con el niño entre los brazos una vez más le tocó ponerse en camino. Esta vez buscaban a su hijo para matarlo y allí comenzó su huida hacia Egipto...

Al recordar (re-cordis) es decir, al volver a pasar por el corazón estos acontecimientos que vivió María, no dejan de traernos a la memoria a tantas y tantas mujeres ucranianas, rusas, palestinas, israelitas que en estos tiempos tuvieron que huir con sus niños entre los brazos, siempre en busca de una esperanza: la paz.

En este día vamos a orar leyendo los dos primeros capítulos del Evangelio de San Lucas que narran estos sucesos, pero también vamos a estar atentas a nuestra realidad actual.

Observemos esta imagen... Oremos con ella...



Una ciudad... Muchas luces y destellos de luz iluminan el cielo... Ninguna similitud con Belén, pero es una ciudad muy cercana... Lo que ilumina esta oscura noche no son las estrellas por las que se guiaron los magos de oriente, no. Son los destellos de unos mortíferos misiles disparados por unos o por otros... Dirigidos con una intención: destruir... matar... ser dueños y señores de más poder... ¿Cuántas familias buscando refugio, como José y María en aquella noche?... No hay lugar... No hay espacio para la vida... ¿Cuánta indiferencia del mundo?... ¿Cuántas mujeres con poco o nada, con grandes temores, como María en la noche de Belén, estarán dando a luz en esta noche...? ¿Cuántas mujeres, agarrando lo indispensable saldrán de camino para huir, como huyó María hacia Egipto cuando querían matar a su hijo?... ¿Cuánta soledad?... Preguntémosle a María cómo vivió aquella noche... Con sentimientos encontrados su fe la mantenía en pie... Su esperanza no la dejaba claudicar...

De repente, en el silencio de la noche irrumpen los ángeles y con ellos el canto, el grito de júbilo... Días de tregua... liberación de rehenes... Entrada de ayuda humanitaria... Reencuentros posibles cuando los creíamos imposibles...

En aquel descampado de Belén los pastores y todos nosotros, humanidad extendida por el ancho mundo y dilatada a lo largo de los siglos, recibimos la gran Noticia: "Paz a los hombres que el Señor ama". Somos aquellos en quienes Dios tiene puestos su amor, su complacencia, su deseo, su alegría... A pesar de nuestra necedad, de nuestra cerrazón al plan de Dios, de hacer casi inviable la promesa, Dios sigue amándonos... simplemente porque Dios es amor... María ya había entendido lo que el actuar de Dios precisa, pocas cosas: un corazón en silencio para escuchar... un "sí" generoso para embarcarse con su plan... y una confianza ilimitada para ponerse en sus manos dispuestos a colaborar en la Historia de la Salvación.

Comienza un adviento... adviento complicado junto a María y otras marías con quienes compartimos el camino y habrá Navidad si nuestras manos se comprometen en hacer la paz hasta que las luces del alba nos impulsen a ponernos de pie para ir al sepulcro y dejarnos sorprender, una vez más con la VIDA QUE VENCE A LA MUERTE... LA PROMESA CUMPLIDA DESPUÉS DE UN LARGO CAMINO... LA ESPERANZA HECHA

REALIDAD... DIOS ES UN DIOS DE VIVOS... DIOS ES AMOR Y CAMINA ENTRE NOSOTROS CONSTRUYENDO LA PAZ.

María de la Esperanza

María de Nazareth
madre de nuestro Señor,
compañera de nuestras marchas,
ven a visitarnos, quédate con nosotros.

Te necesitamos, madre buena,
vivimos tiempos difíciles,
atravesamos bajones,
tenemos caídas, nos agarra la flojera,
nos inmoviliza la apatía,
nos da rabia la solidez de la injusticia.

María, virgen de la Esperanza.
Contágnanos tu fuerza,
acércanos el Espíritu que llena tu vida.
Ayúdanos a vivir con alegría,
a pesar de las pruebas
y de las cruces que encontramos
en el seguimiento de tu hijo.

Que no nos desaliente
la lentitud de los cambios,
que las espinas de la vida
no ahoguen la semilla del Evangelio.
Que no perdamos la utopía,
de creer que es posible otro mundo
y otra sociedad.
Que no bajemos los brazos
en la lucha por la justicia
y en la práctica de la solidaridad.
Que no se enturbie nuestra mirada,
al punto que no veamos la luz del Señor
que nos acompaña siempre,
que camina a nuestro lado,
que nos sostiene en los momentos duros.

María, vos creíste y te jugaste la vida.
Y no te fue fácil.
También pasaste

Nos enseñaste con tu ejemplo
que para dar vida
hay que entregar la vida,
todos los días,
en las buenas, en las malas,
y en las más o menos.

Siendo una muchacha,
estando comprometida,
corriste el riesgo de decir sí
al plan de Dios.
Confiaste en El
y el sueño de Dios se hizo realidad.

Madre,
en nuestros días Dios sigue soñando.
Su Reino de hermanos
está muy lejos de ser realidad.
Y nos pide,
como a vos en Nazareth,
que demos lo mejor de nosotros
para ayudarlo a realizar su Proyecto.
María,
¡cómo cuesta decirle sí al Señor!
Cómo cuesta decir sí
más allá de las palabras,
decir sí con los hechos, con actitudes,
con gestos... ¡con la vida!

Enséñanos a esperar en el Señor,
a confiar en su palabra,
a dejarnos guiar por su Espíritu,
a llenarnos de su buen humor y alegría.

Enséñanos a escuchar su voz,
en la realidad de todos los días,
en el sufrimiento de tantos,
en las ansías de liberación y cambio,
en la sed de justicia de las mayorías.

tiempos de incertidumbre,
de no entender las cosas que pasaban,
de sufrimiento y soledad.
Y saliste adelante,
con buen ánimo y entrega.

María,
camina cerca nuestro,
acompañanos Madre buena,
fortalece nuestra esperanza
para que sea el motor de nuestra entrega
el pozo donde beber para seguir,
el refugio donde descansar
y retomar fuerzas.
Anuda nuestra esperanza
al proyecto del Padre.
Danos firmeza y hasta tozudez
para seguir adelante.
Llena nuestros corazones
de la esperanza que libera
para vivir el amor solidario.

Lo que se espera
se consigue con esfuerzo,
con trabajo y con la vida.
Nos confiamos en tus manos
para que nos hagas
fuertes en la fe
comprometidos en la solidaridad
y firmes, muy firmes,
en la construcción de la Paz.

Marcelo Murúa. Buenas Nuevas.